

Así en procesion llegaron  
 Al atrio del templo grande,  
 Donde en presencia de todos  
 Y junto al mismo cadáver  
 Sacrificaron á muchos  
 Que eran sus esclavos antes,  
 Y al capellan que atizaba  
 La lumbre de sus altares.

Terminada ya la horrible  
 Ceremonia, que complace  
 A un pueblo que mas parece  
 De tigres que de salvajes,

Desanda el mismo sendero  
 La procesion, sin turbarse  
 En nada el órden seguido;  
 Y sin que en su alma llevasen

Un eco los concurrentes,  
 De los lastimeros ayes  
 Con que las puertas del templo  
 Estremecieron los mártires,

Cuyos cuerpos comenzaban,  
 Tintos en caliente sangre,  
 A rechinar en la hoguera,  
 Pasto de llamas voraces.

Hay en el mismo palacio,  
 Y cultivado con arte,  
 Lindo jardin que un arroyo  
 Riega con mansos cristales;  
 Le forman verdes murallas,  
 Cien ahuehetes gigantes,  
 Y acequias lo defienden  
 Y cercan por todas partes.

Brindan esencia á las auras  
 Y regocijo á las aves,  
 Flores de exquisito aroma  
 Y de variados esmaltes;

Y en un extremo hay un bosque  
 Cuyas ramas colosales  
 Se cruzan sobre una cueva  
 Do apenas circula el aire,

Y de esta cueva no lejos,  
 Rodeado de tiernos árboles,  
 Un estanque trasparente  
 De clara linfa hace alarde,

En donde Papantzin iba  
 Frecuentemente á bañarse,  
 Cuando su velo de sombras  
 Pálidas tendia la tarde;



O, si el tiempo estaba frío,  
Sobre su borde á sentarse,  
Para gozar de las flores  
Que crecen en los arriates,  
A respirar el aroma  
Que de ellas el aura trae,  
Y á buscar en sus recuerdos  
Un consuelo á sus pesares.



Entre el estanque y el bosque  
Sus pasos lentos y graves  
La fúnebre comitiva  
Detuvo un solemne instante,  
E introduciendo en la cueva  
Los nobles restos mortales,  
Cubrieron la negra boca  
Con unos delgados mármoles.



ROMANCE III

LA REVELACION.

En un gran salon oblongo,  
El mismo en que daba audiencia,  
Moteuczoma Xocoyotzin  
Está sentado á la mesa:  
Era esta una almohada dura  
Cubierta de fina tela,  
Como la nieve de blanca,  
Y como la nieve tersa.



De barro del de Cholollan  
Sobre ella, exquisita y nueva,  
Una costosa vajilla  
Su rara labor ostenta,

Y en una copa de oro  
Cinzelada con destreza,  
Que luce finos engastes  
De conchas del mar y perlas,

Cubierto de espuma hirviente  
Que su calidad revela,  
Un chocolatl que perfuman  
Varias olorosas yerbas,

Cautiva al rey que lo toma  
Con un pan que le deleita,  
Hecho de harina amasada  
En blanca miel y con yemas.

Le acompañan sus ministros,  
Cuatro mujeres muy bellas,  
Y Tapia su mayordomo,  
De la flor de la nobleza.

Estos son únicamente  
Quienes presencian su cena,  
Que á mas de ellos, para todos  
Están cerradas las puertas.



El monarca aquella tarde  
De contento daba muestras;  
Que nunca el placer se puede  
Ocultar, cual la tristeza.

Estaba locuaz, festivo,  
Y en contra de lo que cuentan  
De la ruina de su imperio,  
Desata mordaz la lengua;

« En vano los que consultan  
— Decia — allá en las estrellas,  
Intentan amedrentarme  
Con proféticas sentencias.

Esta vez Nezahualpili  
Es innegable que yerra,  
Y que su genio extravía  
Por los campos de la ciencia.

Delira... mas no me asusta... —  
¡Que rey de Acolhuan no fuera! —  
Como el otro, entre las llamas  
Me pagaria su ofensa. —



Él desazona á mis huestes  
Que con sus augurios tiemblan;  
Solo yo me burlo de ellos,  
Solo yo los menosprecia.»

Y al decir esto, reía  
Con carcajadas histéricas,  
Como el cobarde que teme  
Y que su miedo desecha;  
Como aquel que aliento y bríos  
Por aparentar se esfuerza,  
Y en el semblante risueño  
Lívido el temor demuestra.



Interrumpe el débil curso  
De su risa descompuesta,  
El que en palacio á tal hora  
Cargo de ugier desempeña,  
El cual, entrando en la estancia,  
Paróse junto á la puerta  
Y dijo así con voz grave,  
Después de tres reverencias:

«El Señor rey de Tescuco,  
Nezahualpili, desea  
Obtener del soberano  
Una breve conferencia.»

Oyelo el monarca; al punto  
El torvo entrecejo pliega,  
Y suda, y heladas gotas  
Por la ancha frente le ruedan;

Y con tembloroso labio  
Y acento que indica á leguas  
Grande disgusto, que pase  
El rey de Tescuco, ordena.



Hecho el saludo de estilo,  
Ambos monarcas se sientan,  
Y el Tescucano su objeto  
Expresó de esta manera:

«Señor, tu hermana Papantzin  
A quien tú juzgabas muerta,  
So las gradas del estanque  
Que está de su tumba cerca,



Salió esta tarde á gozar  
De la suave brisa fresca,  
Placer que le agrada mucho,  
Antiguo y genial en ella.

A los ojos de una niña  
Que entre las flores traviesa,  
Brincando pasa las tardes,  
Como siempre se presenta:

Papantzin la llama, dulce  
Las tiernas mejillas besa,  
Y con blanda voz, que avise  
Al mayordomo le ruega:

La esposa de éste, á la súplica  
Infantil, al sitio vuela;  
Y desvanecida cae  
Al ver allí á la princesa.

La niña llora; á sus gritos  
Innúmero gente llega,  
Que con asombro indecible  
Tan gran prodigio contempla.

Tu hermana á todos les habla,  
Les convence y les consuela,  
Y que me llamen les pide  
A los que allí la rodean.

Yo la he visto, y en su nombre  
Te suplico, que sin tregua,  
A Tlaltelolco te llegues  
Que en su palacio te espera.»

Dice así Nezahualpili,  
Y Moteuczoma, que apenas  
Puede respirar, se oprime  
La vacilante cabeza.

El corazón se le salta  
Y en rudos vuelcos golpea  
El débil pecho angustiado,  
Que es para él cárcel estrecha.

Hasta que al fin entreabriendo  
La boca que nieve alienta,  
Con entrecortadas frases  
Y mal combinadas señas,

Ordena al ugiar que al punto  
Le acerquen la ancha litera,  
En la cual, á poco rato,  
Con el rey su primo entra,

Y al palacio se dirige,  
Donde su hermana lo espera,  
Por el temor dominado  
A la par que de impaciencia.





En un banco de agaloco<sup>1</sup>  
 Con albas talas cubierta,  
 Está Papantzin sentada  
 Muy pálida, aunque serena.

Ocho esclavas la acarician,  
 Que lloran de gozo al verla,  
 Y del xochiocotzotl<sup>2</sup> grande  
 Preciosa resina quemán;

Humo que en loor de los dioses  
 Sencillas cántigas lleva,  
 Por el favor que reciben  
 Y por el bien que les prestan.

Que su hermano niegue el hecho  
 Teme la noble princesa,  
 Y otra segunda embajada  
 A dirigirle se apresta,

Cuando oye ruido de pasos  
 Y ve á Moteuczoma que entra;  
 Moteuczoma, que al mirarla  
 Como una estatua se queda.

<sup>1</sup> Aloe.

<sup>2</sup> Liquidambar.

¡Era cierto! de la duda  
 No lo envuelven las tinieblas,  
 Y tal milagro patente  
 Ante sus ojos se muestra.

— «Ayer la enterré» — murmura  
 El rey con faz descompuesta,  
 Y se desploma en un banco  
 Que dos mujeres le acercan.

Sepulcral es el silencio  
 Que en la ancha cámara reina,  
 Y á que hable Papantzin todos  
 Los circunstantes esperan;

Quien arreglando su trage,  
 Después de pedir la venia,  
 Con voz débil y argentina,  
 Así su relato empieza:

«Señor, cuando en los brazos de los míos  
 Dejé de respirar, tal vez no muerta,  
 Falta sí de sentido, halléme sola,  
 Sola y en medio de llanura extensa.



Ni un árbol, ni una flor, ni planta alguna  
 Miraba en su extension árida y seca;  
 Ni arroyo manso, ni sonora fuente,  
 Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.

Solo y cerca del sitio en que yo estaba  
 Iba arrastrando su corriente inmensa  
 Un caudaloso río cuyas olas  
 Unas tras otras con fragor estrella.

Al espantoso ruido que llevaba,  
 Sentí helarse la sangre de mis venas,  
 Y á cruzar una fuerza me impelia  
 La mole de sus ondas verdinegras.

Resuelta estaba ya, mi pié desnudo  
 Tocaba el agua con la planta inquieta,  
 Cuando sentí una mano sobre el hombro,  
 Y un acento escuché que dijo: «espera.»

Alcé la vista, y á los ojos míos  
 Apareció un doncel, de forma esbelta,  
 Vestido con un traje reluciente,  
 Como la blanca luz de las estrellas.

Sostenido en el aire parecía  
 El tlaunquechol que majestuoso vuela  
 Con dos alas de plumas vaporosas,  
 Sonrosadas, flotantes y ligeras.

«Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo  
 De que intentes ganar la orilla opuesta;  
 Hay un Dios que te quiere y te conoce,  
 Y por eso á la fin serás su sierva.

«De allí el gallardo jóven me condujo  
 Caminando por la húmeda ribera,  
 En donde ví esparcidos muchos huesos,  
 Y pálidas y humanas calaveras.

Y á escuchar comencé tristes gemidos  
 Que el pecho me rasgaban con fiereza,  
 Punzando cada poro de mi cuerpo  
 Un espantoso frío que aun me hiela.

Torné luego á mirar hácia las olas,  
 Y sobre el filo de sus blancas crestas,  
 Unas barcas enormes navegando  
 A mi asombrada vista se presentan.

Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres  
 De distinto vestir de nuestra tierra,  
 Con escamas de plata sobre el busto,  
 Y yelmos de metal en la cabeza,

Los ví con estandartes en las manos,  
 De blanco cútis y mirada fiera,  
 Teñidas las mejillas de achiote,  
 Con labios de coral y barbas negras.



Entonces el doncel que sonreía  
Del profundo estupor de que era presa,  
Mirándome con ojos compasivos,  
A hablarme comenzó de esta manera:

«Dios quiere que en el mundo todavía  
Arrastres largo tiempo tu cadena,  
Y de grandes revueltas y batallas  
Que aquí sobrevendrán, testigo seas.

Los gemidos tristísimos que oíste  
De este río en las márgenes desiertas,  
Son ayes del dolor de tus mayores  
Que sufren cruda, perennal condena.

Son los gritos de angustia que provocan  
Las culpas infinitas del que yerra;  
Las culpas que en el alma se castigan  
Con horribles tormentos que no cesan.

Y esos hombres que llegan en la barca,  
A tu patria infeliz traen la guerra;  
Y dueños y señores absolutos,  
Con las armas, al fin, serán de ella:

Publicarán con su victoria el nombre  
Del Hacedor del cielo y de la tierra,  
Y arrojarán los ídolos de barro  
Donde la luz del sol nunca penetra.

Y cuando el baño santo se promulgue,  
Serás en recibirlo la primera;  
Para que á los demas de ejemplo sirvas  
Con ritos nuevos y oraciones nuevas.»

Al decir estas palabras  
Envuelto entre nubes densas,  
Desapareció el mancebo  
Arrebatado por ellas.

Sentí en mi pecho la vida,  
Sentí renacer mis fuerzas,  
Y del recinto sombrío  
Saqué la planta ligera;

De mi tumba á leve impulso  
Cayó la delgada piedra. . . . .  
Lo demas, ya tú lo sabes,  
Gran Señor, haz lo que quieras.»





Cayó Papantzin; atónito  
El gran Moteuczoma queda,  
Y ni una sílaba escasa  
Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona,  
Nublada la frente régia,  
Dando en el rostro señales  
De lo que en su pecho lleva.

Que hay sensaciones tan hondas  
Que no en frases se revelan,  
Que pesan tanto en el alma  
Que dentro el alma se quedan.

Salió sin mirar á nadie,  
De casa de la princesa,  
Y retiróse á un palacio  
Que triste y de luto era,

Donde pasó largos días  
Y largas noches inquietas,  
A acerbo ayuno entregado  
Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## SEGUNDA PARTE.

### ROMANCE I

#### LA RECEPCION.

Entre un mar surcado apenas  
Y un mundo desconocido,  
Hernan Cortés, temerario,  
Manda quemar sus navíos.

Un puñado de valientes  
Contempla tanto heroísmo,  
Y cada cual se propone  
Volver al suelo nativo;